



[Prólogo]

JAZZ NOIRE

Es fácil escribir sobre lo que conocemos, excepto cuando debemos enfrentar ese conocimiento ante aquello que más nos aterra y que es la razón de nuestras peores pesadillas. No importa si ese miedo nace de una cosa tan común y comprensible como las arañas, o si algo nacido de la fantasía puede ser el principal motivo de las noches de desvelo. Temer es un sentimiento con el que fácilmente podemos identificarnos, por más absurda que se vuelva la razón.

La premisa con la que fueron escritos los dieciocho cuentos que conforman esta antología versa justamente sobre eso: en expresar el mayor miedo de cada uno de sus autores, utilizando esto como inspiración para crear una historia de terror, horror, suspenso o *noir* donde la principal característica, además de provocar miedo o expectativa, fuera crear relatos con diversidad.

Es así como en *Un grito que no nos puede matar* podemos encontrar parejas de diferentes ídoles, así como personajes cuyas realidades nos hablan más allá de lo habitual: personas ciegas, migrantes, mujeres violadas, personas trans...

La primera parada dentro de este espiral en caída comienza de manera apasionante: nos entregamos al delirio de un hombre que, tras encontrar el amor más allá de sí mismo, debe huir de esos ojos que le dicen que no podrá ser amado. En la segunda, conversamos con la locura misma: esa voz a quien podemos cul-

pabilizar de nuestros peores actos, pero que es la única que nos hace hablar de nuestras verdades.

El tercer cuento nos remonta a un pequeño poblado en medio del bosque, cuya habitual tranquilidad se ve perturbada por la presencia de «algo» que busca alimentarse. El cuarto nos recibe con una mujer que va de visita a su pueblo natal, lo que la hace renacer viejos temores olvidados.

En el quinto relato, aprendemos que respirar puede ser nuestro único método de supervivencia... o tal vez no. Por otra parte, el sexto abre viejas heridas y nos trae a la mente esos monstruos infantiles que creíamos habían sido superados. En el séptimo, experimentamos un ataque zombi inusual, cuyo ámbito se desenvuelve en un sitio no tan explorado: una escuela primaria.

¿Cuál es la mayor desesperación de un hombre que desea buscar un futuro mejor en otro país? Eso es lo que descubrimos en el octavo cuento; mientras que en la mitad de la antología, veremos de primera mano el nacimiento de dríades tras el ultraje y sufrimiento de una mujer.

Con el décimo, nos damos cuenta de que lamentablemente no todos los monstruos son descubiertos y juzgados por sus actos. Por otra parte, en el onceavo, vemos con horror como una simple venganza infantil puede traer consecuencias fatales para toda una familia.

El doceavo cuento es una oda a ese temor que muchos de quienes provienen de familias religiosas han podido experimentar: el enfrentamiento ante las imágenes de vírgenes y santos, así como a la devoción ciega que nos quiere apartar de quienes somos.

Un relato de índole *noir* es lo que nos espera después, donde todo se condensa en una poética sobre lo Rojo y lo Azul en un mundo donde estos han existido desde el inicio de los tiempos. Continuamos con el miedo que experimenta una mujer migrante y trans al descubrir que el mundo está igual de podrido en cualquier parte del planeta.

¿De qué podemos ser capaces para no enfrentarnos a nuestro peor y más irracional miedo? Esto lo descubriremos en el antepe-

núltimo cuento. Mientras tanto, en el siguiente, nos damos cuenta cómo nuestra mejor escapatoria puede ser la mente... Pero también corremos el riesgo de que se vuelva una horrible condena y prisión.

Por último, cerramos la antología de forma excelsa: con el planteamiento de que los verdaderos monstruos no son aquellos que se ocultan entre las sombras, sino que son quienes están a la luz del día y que podemos encontrar al doblar cada calle.

Como se observa, la diversidad presente en los personajes no es lo único que nos espera en esta antología, también está disponible en la multitud de tramas, experiencias e historias que buscan externar los peores y más terribles miedos de sus autores en cuentos que quieren erizarnos la piel, que buscan sorprendernos, que desean reflexionar junto a nosotros o que sencillamente nos entretienen con relatos que ni siquiera hubieran nacido de nuestras peores pesadillas.

No importa cuánto valor nos tome dar vuelta a la siguiente página, solo debemos tener presente que un grito no nos puede matar.





[Narciso frente
al espejo]

GRETEL P. MITO



*A mi familia y amigos, quienes tanto me apoyaron
y creyeron en mí.*

*A mis papás, quienes me abrieron las puertas al
mundo de los libros e incentivaron mi escritura.*

*Especialmente, a mi mamá, quien fue la que más
feliz se puso con mi logro.*

Gracias de corazón.



ESA mañana, el invierno anidaba en su cuarto, invitado tal vez por la falta de estufa o lo escueto de sus muebles. En su abrazo gélido, fumarolas blancas escapaban por su boca cada vez que intentaba calentarse los dedos. Cuando el vaho cálido se mostró insuficiente, desvió su mirada hasta la pared más cercana y buscó aquellos ojos negros de entre todos los marcos que reproducían su imagen. Al encontrarlos en un rincón de su mesa de luz y reconocer la voracidad en su brillo, se levantó de la cama dispuesto a empezar el día.

Luego de asearse y dedicarle una última mirada a su sonrisa en el vidrio del baño, Mauricio salió de su casa a paso apretado. Cada tanto se miraba en las vidrieras; a veces olvidaba lo que hacía parado allí hasta que la impertinente mirada ajena lo devolvía a la realidad y podía apurarse para seguir su camino. Una vez en su trabajo, las horas reptaban pegajosas por su piel; babosas de escurrir lento alargaban su suplicio y, cuando la última se escapaba por la punta de los dedos de sus pies, huía de allí y de los gritos de su supervisora.

Había sido un día como este que esos ojos negros se le mostraron por primera vez. Mauricio lo recordaba como si fuera una de las tantas constelaciones de lunares sobre su piel: una noche apabullada con sus sombras, el aire lloraba sirenas bajo nubes melancólicas que robaban la poca luz de un cielo poluto. Cada tanto, los faros de

un auto desorientado atravesaban su ventana y se entremezclaban con el brillo de las velas aromáticas. Desnudo frente a la imagen de su cuerpo completo, justo delante de su cama, la respiración se le agitaba con cada nueva sombra que besaba sus músculos mientras jugaba a flexionar sus brazos o mover las caderas.

Acaso fue la fatalidad culpable de que se fijara en aquellas pupilas negras, visibles incluso en la semipenumbra. La fuerza de la mirada lo paralizó con el pecho inflado y una mano sobre su flácido miembro. Mauricio no tuvo miedo, tampoco asco, y se dejó llevar por las sensaciones que escaldaban su piel. Engarzadas las miradas, apretó la base de su pene antes de resumir el vaivén sobre todo el falo. Cuando el orgasmo le hinchó el vientre y manchó el vidrio, se desplomó en el suelo sin cuidarse del posible moretón o de las quejas de sus vecinos.

Esa pasión desmedida escapaba a la dulzura y el sosiego con los que solía amarse, y pronto se volvió adicto a la sensación. Atrapado en el vicio, las distracciones en el trabajo aumentaban a la vez que lo hacían los gritos de su jefa. Estar lejos de los ojos negros que saltaban de marco en marco en su eterna vigilia le corroía la piel y, por eso, de a poco, su jornada laboral se fue acortando. Cuanto más lo observaba, más deseado se sentía. Ni el frío podía impedir que se pasara desnudo por su cuarto. A veces, en sus juegos amoratorios, se refregaba contra el vidrio y besaba la boca de su reflejo, empañando todo con su arrebato.

Después de que conoció a Nicolás, su nuevo compañero de trabajo, le fue imposible ignorar las piedras negras de sus ojos y, por primera vez en mucho tiempo, tendió su mano para estrechar la del muchacho. Su piel estalló en fuego al tocarse y le costó ocultar la erección en su pantalón ajustado.

Hasta ese momento, nadie había sido digno de tocarlo, pero podía acostumbrarse. Con Nicolás, aprendió a dialogar y el vértigo de sentirse aceptado fue algo que desenterró de los escombros de su niñez. Mauricio no podía explicar lo que pasaba cuando sus pieles se tocaban o cuando Nicolás le regalaba una sonrisa,

no recordaba siquiera que su madre le hubiera brindado alguna vez un toque tan delicado como aquellos que Nicolás le ofrecía de manera infatigable. Aunque no eran de igual condición, no podía esperar para llevarlo a su cuarto y encerrarlo allí.

Mientras el invierno moría en los brotes que la primavera engendraba, Mauricio dejó de apurarse para llegar a su casa. Qué extraño era reflejarse en la mirada de Nicolás y no esperar ver su propio rostro; quería lucir hermoso para la engañosa sirena que lo había engatusado. Los ojos negros que revoloteaban por su cuarto fueron reemplazados por los de Nicolás y por los de todas las personas a las que ahora decidía abrirse. Los días que dormía en la casa de su pareja ocupaban la mayoría de la semana, y las noches que no, entraba en su cuarto sin mirar y sin prender luz alguna. No soportaba verlo agazapado entre los marcos colgados, ver el rencor que se reproducía en la noche, que escarbaba en su vientre y arrancaba sus entrañas con languidez sin dejarlo dormir.

Sus compañeros se preocupaban por él y, cuanto más lo hacían, mayor era la obstinación de la presencia. Ahora también podía escucharla y las cosas que decía se superponían a los escarmientos de su madre. Las más dolorosas eran las veces que la voz que retumbaba entre los cristales le decía que Nicolás no lo amaba. *No podés confiar en nadie* —le susurraba—. *Nadie merece tu atención*. Su pesimismo se agravaba alimentado de su melancolía en un ciclo vil. A veces flaqueaba y era despectivo con Nicolás o se alejaba de sus compañeros. El odio que sentía hacia sí persistía hasta que Nicolás le devolvía la confianza a base de besos y palabras cargadas de genuino interés. La voz, entonces, estallaba enfurecida en sus oídos y se calmaba por un tiempo; pero la situación se perpetuaba, cada día más enfermo, cada día odiándose más. Con su perseverancia, su inquieto fue declarando victoria hasta el punto que Mauricio no podía ver a Nicolás a los ojos sin gritar.

Había intentado romper los cristales, pero aquello solo empeoró las cosas. Incluso pensó instalarse en la casa de Nicolás, pero los ojos lo habían seguido hasta allí y se mostraron en el

espejo del baño, dispuestos a hacer de esa casa su hogar. Escapaba de su pareja para evitar preocuparlo y volvía a su cuarto para entregarse a la voz a consciencia porque no había lugar en el que estuviera a salvo. Prender las luces lo ponía al filo de un ataque de nervios. Los ojos mutaron de manera constante y había en sus sombras una sed cárdena alimentada del sufrimiento que le causaban.

¿Quién te querría prestar atención? —le decía la voz—, *¿quién se preocuparía por este muñeco hermoso?* Las palabras quebraban la poca confianza que tenía y el rencor creció allí donde antes solo hubo indiferencia. Débil de cuerpo y frágil su psiquis, la voz lo atrapó en la trampa de su habitación. *Soy el único que te ama* —repetía melindrosa—, *se estuvieron burlando de vos.*

Encerrado en aquel cuarto deprimente, se la pasaba tirado desnudo sobre su cama día y noche; mostraba su piel demacrada y unas costillas afiladas por la desnutrición; sus párpados echados sobre lo anguloso de sus pómulos imitaban a la muerte. El teléfono sonaba, pero no tenía oídos que no fueran para la aterradora voz. Quería que lo dejara en paz, retroceder al tiempo en el que nada importaba salvo él, donde el mundo exterior no podía derribarlo con la magnitud de su realidad, antes de que conocer al otro significara reconocer sus defectos. Tal vez, si dejaba de moverse, aquello no dolería más.

Los golpes en la puerta no alcanzaron para despertarlo. Antes de que se diera cuenta, unos brazos conocidos lo envolvieron en su tibieza al levantarlo de las sábanas asquerosas. La sorpresa obligó a Mauricio a abrir los ojos y, aunque poca, la luz le hizo doler la cabeza. Entrecortada, le llegó la voz de Nicolás de entre todos los alaridos que escapaban de las paredes. De a poco, las figuras cobraron dimensiones hasta que fue capaz de ver el pánico del muchacho, quien dividía su atención entre mirarlo a él y mirar las paredes de su cuarto. Pensó, en su delirio, que Nicolás estaba allí para acompañarlo al purgatorio o donde sea que uno fuera después de muerto.

Ya que no quieres separarte de él... de ahora en más, cuando lo mires a los ojos, me vas a ver a mí.

Las palabras de la voz lo aterraron. Con la poca fuerza que tenía, empujó a Nicolás y se alejó de él. La voz carcajeó en sus oídos, pero el silencio volvió a instalarse cuando tomó las tijeras que estaban sobre su escritorio. Le sonrió a Nicolás mientras este se acercaba a él, cauto. Quería recordarlo así, con todo el amor en los ojos. «Esas cosas no pueden fingirse», pensó. Nicolás no llegó a evitar el impulso que tomó la mano en la que sostenía la tijera. El borbotón cálido que brotó de la herida fue primero de un blanco mortecino hasta que, en un degradé espeluznante, se tornó rojo. Muchacho y voz gritaron mientras todo se teñía de sangre y ocultaba bajo su sábana viscosa los ojos que por tanto tiempo lo habían acosado. Una vez más, alzó su brazo y lo blandió con fuerza enterrándolo en la otra cuenca.

Su cara pálida se teñía del encarnado atardecer de esas primeras y largas tardes veraniegas, remembranza de un otoño lejano. Las vendas cubrían la mitad de su rostro, rojas también por la sangre y los ungüentos. El dolor era mínimo a comparación de la angustia y el terror que había sufrido Nicolás. La ambulancia, aunque diligente, no había podido hacer nada para salvar sus ojos.

—¿Querés un poco de agua?

La mano que sostenía la suya, sudorosa, abandonó el apretón para dejarle una caricia fugaz en el cuello. A Nicolás le pudo parecer extraño, pero Mauricio sonrió cuando asintió con la cabeza a la espera de que el vaso chocara contra sus labios. La voz había dado un último y terrible estertor antes de que dejara de escucharse y, aunque temió que Nicolás desapareciera también con ella, él había decidido quedarse. Luego de un trago delicioso, la frescura del agua fue reemplazada por unos labios que bebieron la humedad de los suyos en un toque tan natural como irreal que a Mauricio le supo a esperanza.

—Voy a salir un rato, tengo que irte a buscar ropa y otras cosas que me pidieron que traiga —escuchó a Nicolás—. ¿Te vas a arreglar? Tomá. —Le dejó algo en sus manos que reconoció como un control—. Con esto podés llamar a las enfermeras. Vuelvo pronto. —Y le dio otro beso para tranquilizarlo.

—Andá, yo acá te espero.

Y si no hubiera estado tan nervioso, Nicolás habría notado que aquello era una broma.

Aunque entreabierta, Nicolás dudaba que alguien se atreviera a flanquear aquella puerta vedada por cintas policiales y por la sangre que punteaba el piso como una alfombra púrpura. Él tampoco se animaba. Con la mano en el picaporte y sus hombros temblorosos e intranquilos, era incapaz de calmarse. Si lo hubiera indicado, seguramente la policía habría ido a buscar lo que necesitaba, pero prefirió evitar el bochorno de explicar por qué no iba él. Cerró los ojos, dejó que la puerta se abriera y todo el aire escapó de sus pulmones bajo la presión de una mano gigante. Entró y miró el suelo sanguinolento, cosa que prefirió a aventurar sus ojos en las paredes. Con paso tambaleante, a la vez que esquivaba los charcos resecos y los objetos desperdigados por doquier, Nicolás logró abrirse paso hasta el armario del que sacó la ropa, no sin antes volver a cerrar los ojos al ver el marco que ocupaba toda la puerta.

Con la sensación de ser observado, recogió los papeles que le faltaban y que Mauricio le había indicado dónde encontrar. Cada vez que sus ojos se topaban con las paredes, el corazón le pegaba un brinco. Huyendo de ellas, terminó por entrar en el baño bajo la excusa de buscar allí lo último que le faltaba. Trataba de desprenderse de esa sensación horrible de imaginar a Mauricio encerrado allí y, distraído, cerró la pequeña puerta del botiquín sobre la pileta, la cual estaba abierta cuando él entró. Al entornarla, unos ojos negros que no eran los suyos le clavaron la mirada.

La bolsa cayó al suelo y Nicolás fue incapaz de contener el susto que le ablandó el cuerpo. Como pudo, juntó todo y procuró no

volver a cometer el error de mirar otra cosa que no fuera el suelo. Si algo le faltaba, bien podía comprarlo. Nicolás huyó bajo la atenta mirada de todos esos ojos que lo espiaban, encerrados —aunque pareciera que podían saltarle en cualquier momento— en marcos de todos los tamaños y colores. Incluso, desde allí donde debería estar el espejo del baño, otra foto de Mauricio le había sonreído.



El miedo de aquella noche desdibujó tiempos y escenarios, pero creo recordar que tendría unos diez años, tal vez un poco más, cuando estaba en la casa de una amiga con un grupo de compañeras dispuestas a pasar la noche en vela viendo películas de terror. Es poco lo que rescato de esa memoria: escenas de cuerdas de piano que laceraban piel, tal vez algún péndulo mortal que decapitaba a otro personaje; todo en el ambiente propicio de una casona embrujada. Pero no fue eso lo que quedó para siempre asillado en mi memoria, sino una escena con un espejo.

La gente puede accidentarse, las cosas pueden no salir bien, con o sin ayuda del más allá, pero no hay nada que le gane a la imaginación y que multiplique el terror como lo hace la percepción que tiene uno mismo de las cosas. Como quedarse quieto viendo un objeto —tal vez el picaporte de una puerta— y pensar que se mueve imperceptiblemente. Y qué peor cosa que estar frente al espejo y no solamente tener la atroz expectativa de que algo aparecerá detrás tuyo, sino llegar al punto de dudar de tu propia imagen, de que tu reflejo esté agazapado a la espera de atacarte cuando le des la espalda. Es al día de hoy que, ya por cábala, ya por pura costumbre, dejo abierto el espejo del baño para no verlo mientras me estoy duchando. Baños, vahos y espejos son unos de los clichés más antiguos del cine de terror. Por algo será.





La historia nació de este miedo que nos generan los espejos, pero desde el principio sabía que aquello solo no alcanzaba, necesitaba darle un giro, y lo primero que pensé fue en qué pasaría si el protagonista se sintiera atraído y no aterrado de estos ojos que lo observan —que son los propios, como buen narcisista—. Fue con esa idea que comencé a escribir el cuento, pero todavía seguía sin ser suficiente, así que decidí ir un paso más allá del mito de Narciso e interiorizarme en el síndrome que lleva su nombre. Vivimos en una época en la que las redes sociales son nuestra cara al mundo, una época de *selfies* en la que nos sacamos miles de fotos hasta encontrar la perfecta, en la que ya no necesitamos espejos para quedarnos perdidos en nuestra imagen, así como bien lo demuestra Mauricio perdido en sus fotos.

GRETEL P. MITO







[La felicidad nunca
fue una opción]

DANIELA A. SÁNCHEZ



El fenómeno de la locura no es separable del problema de la significación para el ser en general, es decir, del lenguaje para el hombre.

JACQUES LACAN



LUCÍA abandonó la calidez de su cama y a la mujer morena que dormía junto a ella; cubrió su cuerpo desnudo con una bata abierta color crema y caminó hasta la cocina sin hacer ruido. Allí abrió uno de los cajones del mueble junto al fregadero y tomó un cuchillo grande, afilado, para después dirigirse al balcón de su departamento ubicado en el decimosexto piso en un barrio acaudalado.

Se sentó sin gracia en una silla de mimbre que su madre le había obsequiado; la bata abierta dejaba ver sus senos pequeños y sus pezones endurecidos por el frío de la madrugada. Cogió un encendedor rojo junto a una cajetilla de cigarros abandonada en una pequeña mesa de vidrio y comenzó a fumar.

—Darío odiaba que fumara —dijo sin apartar el cigarrillo de su boca—, pero no podía dejarlo, era lo único que me mantenía cuerda, tranquila, ¿dopada?, después de horas de escuchar tu voz. —Exhaló una bocanada de humo, miró el cigarrillo que ahora descansaba entre sus dedos y gritó—: ¡Por qué cresta no podías dejarme en paz! No era feliz, pero estaba contenta, cómoda con mi rutinaria y fácil vida.

Lucía escuchó una carcajada escandalosa, una risa siniestra, y apretó con fuerza el mango del cuchillo que ahora descansaba en su regazo.

A los dieciséis años, Lucía miró con horror y fascinación la manera en que Julieta caía por las escaleras de la escuela. Parecía una muñeca de trapo cuyas manos eran incapaces de sostenerla y se movían frenéticas en un vano intento de agarrar el aire para detener la caída. Miró sus propias manos; se sentía inquieta, confusa, sus brazos estaban extendidos y aún sentía la fricción de la tela de algodón de la ropa de su compañera. Estaban discutiendo; Julieta la había besado en el baño de niñas hacía un mes, pero después la ignoró y hacía dos semanas echó a correr el rumor de que la acosaba.

En un momento, Lucía y Julieta hablaban en voz baja, pero acalorada, en el pasillo del segundo piso; en el siguiente, Julieta comenzó a caer. Lucía no sabía cómo habían llegado al pie de la escalera. No podía recordar.

—Se lo merece —le susurró una voz suave, una que siempre la había acompañado: la voz de una existencia borrosa a la que llamó *Niña*. La vio envolverse a su alrededor, su presencia era humo y sus palabras un vaho frío. La inconsistencia de su toque la convertía en la sombra de un fantasma, pero para Lucía era real, siempre fue real: la compañera constante que no la abandonaba por más que quisiera.

—Yo amo a Julieta —respondió al borde de las lágrimas, aún sin apartar la mirada de la escena que ocurría al final de la escalera: un rostro destrozado y sangre que coloreaba el suelo.

—Ella te despreció y se burló de ti, dijo que le dabas asco —fue la severa respuesta. Lucía sintió la rabia encender sus venas y lo entendió.

—¡Tú la empujaste! —acusó.

—Pero fue con tus manos —respondió risueña; envolvió sus brazos vaporosos alrededor del cuello de Lucía, la miró a los ojos y le dijo—: Recuerda, cariño, yo soy el cumplimiento de tus deseos. —*Niña* se acercó a Lucía hasta que pareció fundirse con ella, después desapareció.

A los catorce años, Lucía aprendió que ignorar a *Niña* no bastaba y pidió ayuda. Las pastillas le permitieron dormir y tener

más apetito. La voz de *Niña* estaba amortiguada y ya no aparecía frente a ella tan a menudo, pero nunca, nunca se fue.

A los trece años, Lucía decidió que *Niña* no existía. Argumentó para sí misma que tenía demasiada imaginación y esa era la razón por la que una simple amiga imaginaria se sentía tan real. Fue ella misma, se dijo, quien le dio vida a *Niña* y, por lo tanto, también era ella quien podía quitársela.

Una simple amiga imaginaria, repetía cada vez que escuchaba su voz susurrar.

Todas las niñas han tenido una, pensaba mientras la risa escandalosa llenaba sus oídos.

Es normal, se aferraba a esa idea e intentaba ignorar la angustia que crecía en su pecho y se retorció como animal herido al sentir sus pasos livianos y su frío toque.

—¡No estoy loca!

—Claro que no, la respuesta es que yo existo.

A los once años, Lucía se despertó en la habitación de sus padres; tenía un cuchillo en sus manos y avanzaba hacia su madre. Soltó la empuñadura de madera con un grito agudo que los despertó de golpe.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó su padre preocupado.

—Solo una pesadilla, pero ya estoy bien.

Las noches sin dormir se hicieron costumbre, Lucía temía despertar la oscuridad que la habitaba.

A los nueve años, Lucía miró sus brazos y su torso mojados con la cara arrugada y el gesto más serio que una niña podía lograr; su concentración no sirvió de nada y no pudo recordar cómo había quedado así de empapada. Estaba sentada junto al estanque en el patio de la casa de sus abuelos y el cadáver de un gato negro descansaba a su lado.

Niña fue su risa de bebé, su primera palabra y su excusa conveniente.

(*Niña* pintó las paredes, no Lucía).

Niña fue amiga, protectora y cómplice.

(Robar galletas era el crimen favorito).

Niña fue maestra y amante.

(Le enseñó el placer que sus propias manos podían darle).

Niña fue la angustia, el pavor y el miedo.

(La utilizaba para hacer cosas que después no recordaba).

Niña era el monstruo que vivía bajo la cama y se alimentaba de las emociones que no se podían controlar.

A los veinte años, Lucía caminaba de la mano con Darío, su novio; una sonrisa adornaba su cara, pero sus ojos no tenían ningún brillo.

—Te has vuelto aburrida desde que me ignoras —dijo *Niña*. Lucía apretó los dientes, pero no reaccionó de ninguna otra manera. Se había acostumbrado a rechazar la charla constante que solo ella escuchaba y a no responder a los escalofríos que el toque fantasmal de sus dedos le provocaban.

Mientras *Niña* susurraba en su oído, Lucía se aferraba a la mano de su novio como si fuera el salvavidas que sostenía su cordura a flote. Darío era un chico dos años mayor que conoció en la iglesia y fue aprobado por su familia: su madre estaba encantada con la idea de tener un yerno ingeniero y su padre disfrutaba las discusiones amistosas sobre qué equipo de fútbol era el mejor de la temporada. Su hermana menor lo miraba con codicia y no hacía nada para ocultar que la envidiaba.

Lucía se tragaba las ganas de envolverlo en papel de regalo para Navidad y dárselo a ella, la idea le parecía atractiva cuando él la besaba.

—Antes de envolverlo, lo cortamos en pedazos; seguro que a tu hermana le gustará recibir su pene. —*Niña* se rio con esa risa maníaca que Lucía no podía quitar de su cabeza y escuchaba incluso mientras dormía.

A los veinticuatro años, Lucía celebró su boda. Había logrado que su nuevo marido creyera que quería esperar al matrimonio para tener relaciones sexuales. La verdad era que no le apetecía, no con él. Pero esa noche no hubo excusas.

Lucía cerró los ojos y, cuando su esposo se subió sobre su cuerpo, escuchó la voz de *Niña* regalarle una fantasía: imaginó senos turgentes, labios con sabor a frutilla y rizos color canela que caían sobre su rostro, pudo oler el aroma a vainilla y saborear la excitación ácida; llegó al orgasmo junto a una mujer inventada sin siquiera notar la sonrisa satisfecha en el rostro de Darío.

—Nunca podrás huir de ti misma —declaró *Niña*, fue una sentencia que Lucía prefirió olvidar.

A los veintinueve años, Lucía conoció a Karina. La vio por primera vez en otoño, un día que se refugiaba entre libros después de una discusión con Darío: él quería que tuvieran hijos, Lucía no. ¿Para qué traer niños al mundo? Lucía no se consideraba una mujer feliz y dudaba que pudiera hacer feliz a un hijo o hija.

Karina vestía una larga falda color rosa, suéter y botas negras; su cabello castaño oscuro caía suelto por su espalda y una pequeña línea se marcaba entre sus cejas mientras leía un libro de ciencia ficción junto a las estanterías de la librería. Pensó que era hermosa.

La voz de *Niña* le sugirió que le hablara, pero se negó a hacerlo: había escogido la renuncia.

A los treinta años, Lucía seguía visitando la misma librería, también Karina.

Lucía soñaba con ella: fantaseaba con caricias de sus manos y cosquillas que su cabello provocaba en su piel, imaginaba la textura de sus labios y el sabor de su boca, cuerpo junto a cuerpo, como una bendita obsesión que se hace carne.

Los susurros de *Niña* no ayudaban, y cada vez que Darío la tocaba, pensaba que el rechazo era mejor que la renuncia.

Después de meses de observarla en el silencio de una lucha interna, fue Karina quien tomó la decisión de acercarse a ella.

—¿Me has estado deseando durante meses y todavía no eres capaz de invitarme un café?

—Estoy casada.

—Como si eso realmente importara.

Les bastó un café y una caminata por el parque compartiendo cigarrillos para convertirse en amantes. «Amiga», la llamó

frente al mundo, pero bajo las sábanas era su nombre el que tragaba entre gemidos.

Por primera vez en mucho tiempo, Lucía y *Niña* estuvieron de acuerdo en una cosa: Karina era deliciosa y era el fuego que hacía arder su sangre.

A los treinta y dos años, Lucía miró con horror y fascinación la manera en que Darío caía por el balcón de su departamento. Parecía un muñeco de trapo cuyas manos eran incapaces de sostenerlo y se movían frenéticas en un vano intento de agarrar el aire para detener la caída. Miró sus propias manos; se sentía inquieta, confusa, sus brazos estaban extendidos y aún sentía la fricción de la tela de algodón de la ropa de su esposo. Estaban discutiendo en voz baja, pero acalorada. Darío había bebido bastante debido a la celebración de su cumpleaños y se la había llevado para hablar a solas y exigirle que dejara los anticonceptivos, pues quería un hijo.

Desearía que desaparecieras, fue el breve pensamiento que la atravesó en su enojo.

Y Darío caía desde el piso dieciséis.

—Ahora puedes vivir con Karina —le susurró una voz suave, una que siempre la había acompañado: la voz de una existencia borrosa a la que llamó *Niña*; la vio envolverse a su alrededor, su presencia era humo y sus palabras un vaho frío. La inconsistencia de su toque la convertía en la sombra de un fantasma, pero para Lucía era real, siempre fue real: la compañera constante que no la abandonaba por más que quisiera.

Lucía entró al departamento. Estaba repleto, él cumplía treinta y cinco años y había decidido invitar a todas las personas que conoció en el colegio, la iglesia, la universidad y el trabajo. A diferencia de Lucía, él era extrovertido y no le costaba establecer relaciones amistosas con quienes lo rodeaban. Nadie la notó dirigirse al baño, nadie se dio cuenta que el anfitrión faltaba.

Lucía miró hacia abajo y vio el rostro destrozado de Julieta mientras su sangre coloreaba el suelo. Apretó los ojos con fuerza, no

quería verlo. Con los párpados cerrados, siguió viendo la misma escena, pero yo no era Julieta: era Darío quien ahora yacía muerto.

—Los maté —susurró bajito, cubrió su rostro con sus manos blancas y comenzó a llorar.

El aroma salado de sus lágrimas se volvió metálico; Lucía miró sus manos pintadas de rojo y, frente a ella, el rostro de Karina destrozado.

—¡No!

Lucía abrió los ojos de golpe. Distintas variaciones de la misma pesadilla la habían atormentado desde que Darío murió; dormía muy poco, ni las pastillas ni el cuerpo anhelado de Karina en su cama la podían ayudar con la angustia que se aferraba a su pecho y, cada vez por periodos más extensos, se le dificultaba respirar.

La culpa, la vergüenza y el miedo la destrozaban por dentro; su estómago apenas soportaba la comida y sentía que su piel se estaba pudriendo. El olor a muerte la perseguía, infectando su ropa, su cuerpo y su cabello; todo lo que la rodeaba, incluso Karina.

Lucía abandonó la calidez de su cama y a la mujer morena que dormía junto a ella; cubrió su cuerpo desnudo con una bata abierta color crema y caminó hasta la cocina sin hacer ruido. Allí abrió uno de los cajones del mueble junto al fregadero y tomó un cuchillo grande, afilado, para después dirigirse al balcón de su departamento ubicado en el decimosexto piso en un barrio acaudalado.

Se sentó sin gracia en una silla de mimbre que su madre le había obsequiado; la bata abierta dejaba ver sus senos pequeños y sus pezones endurecidos por el frío de la madrugada. Cogió un encendedor rojo junto a una cajetilla de cigarros abandonada en una pequeña mesa de vidrio y comenzó a fumar.

—Darío odiaba que fumara —dijo sin apartar el cigarrillo de su boca—, pero no podía dejarlo, era lo único que me mantenía cuerda, tranquila, ¿dopada?, después de horas de escuchar tu voz. —Exhaló una bocanada de humo, miró el cigarrillo que ahora descansaba entre sus dedos y gritó—: ¡Por qué cresta no podías dejarme en paz! No era feliz, pero estaba contenta, cómoda con mi rutinaria y fácil vida.

Lucía escuchó una carcajada escandalosa, una risa siniestra, y apretó con fuerza el mango del cuchillo que ahora descansaba en su regazo.

—Tu vida era fácil y cómoda porque te conformaste con sobrevivir, pero no vivías, Lucía. Cada vez que Darío se metía entre tus piernas, una parte de ti moría; y cada vez que mirabas a Karina, una parte de ti ansiaba más. ¿No sentías tu sangre arder? Porque yo sí, incluso podía oler el fuego que mojaba tus muslos.

—¿De qué sirve que me hayas empujado a ella? La lastimarás como a Julieta y a Darío —la voz de Lucía era plana; carecía de sentimiento, pero las lágrimas corrían como lluvia en sus mejillas.

—Yo soy el cumplimiento de tus deseos... Puedes llamarme «Pesadilla».

—Te llamaré «Demonio» porque eso es lo que eres: un demonio que se alimenta de lo peor de mí. Desearía tanto poder matarte.

—No puedes destruir una parte de ti.

—Yo no estaría tan segura de eso —murmuró despacio, hablaba para sí misma; sus labios siguieron moviéndose, aunque su boca no emitiera ningún sonido.

—No puedes, no puedes deshacerte de mí.

—¿Estás segura? —preguntó. Una sonrisa se extendió por su rostro por primera vez en días.

Niña la miró con una seriedad que era poco habitual en ella y Lucía pudo ver en sus ojos cristalinos un anhelo desnudo, un deseo por existir que ella nunca había tenido. Para Lucía, siempre hubo dos elecciones: la renuncia o el rechazo. La felicidad nunca fue una opción.

—Eres débil y tonta —escupió *Niña*.

—Siempre lo he sabido, siempre lo has sabido, por eso sigues aquí... allí.

Lucía encendió otro cigarrillo, lo fumó despacio sin apartar sus ojos de la figura de *Niña*; la sombra de un fantasma, su sombra.

—Darío tuvo que morir para que le hiciera caso y dejara el cigarro —bromeó y rio con carcajadas fuertes y falsas, sin pizca

de alegría—. Este es mi último cigarro y anoche follé por última vez —tarareó mientras levantaba el cuchillo grande, afilado.

Las manos de Lucía temblaron, pero ella no dudó: la punta fría del cuchillo tocó su cuello fino; se miraron a los ojos, el acero perforó su piel, apretó los dientes y empujó.

La primera aversión de Lucía fue ella misma.

Karina despertó y tuvo frío; estaba desnuda y las ventanas entreabiertas dejaban entrar el aire helado de la mañana. Extrañó a Lucía y su cuerpo cálido junto a ella. Se levantó y se vistió con el pijama celeste que estaba tirado y arrugado en el piso; caminó hacia el balcón y encontró a Lucía de pie, desnuda, mirando el amanecer.

—¿Por qué estás aquí desnuda? —preguntó Karina; puso su mejilla en la espalda de su amante y la abrazó, sus manos descansaron en el abdomen suave de la mujer que amaba—. Tengo frío.

—Volvamos a la cama, conozco la manera perfecta de calentarte, *carina*.

Entre risas y besos, el pijama celeste volvió al suelo.

Karina nunca vio el cuchillo ensangrentado ni se fijó en la bata color crema abandonada sobre una silla.



Sobre lo locura:

La locura es real.

La locura le da vida al monstruo que vive en el armario y asesina a los niños que son demasiado grandes para temerle.

La locura se sienta a tu lado en el cine y camina junto a ti en los museos.

La locura es capaz de mostrar cosas imposibles y susurrar secretos increíbles.

La locura puede ser inesperada y aparecer con toda su fuerza cuando una bailarina de *ballet* ya no puede subir al escenario y pierde la razón. También puede ser una compañera cotidiana con la que se aprende a convivir.

La locura existe porque nosotros existimos.

No estamos a salvo de ella.

DANIELA A. SÁNCHEZ

